

Movimientos sociales y transformación de la sociedad

Valentín Martínez-Otero Pérez *

«La mayor parte de nosotros dudamos entre la rebelión silenciosa y la sumisión habladora». K. Gibran.

INTRODUCCIÓN

En este trabajo nos acercamos a los “movimientos sociales”, expresión que designa fenómenos complejos y heterogéneos que reclaman en grado creciente la atención del mundo académico y, en particular, de las Ciencias Sociales. El estudio que sigue se centra en algunos factores que afectan a la emergencia, evolución y formas de acción de dichos movimientos, con el propósito de conocer su influencia en la transformación de la realidad. El hecho de que estos movimientos -con frecuencia situados entre la actitud antisistema y la tendencia a la institucionalización- tengan cada vez mayor protagonismo en nuestro entorno, hace necesario un análisis profundo del papel que juegan en las actuales democracias y de las posibilidades que brindan para la participación ciudadana y la mudanza positiva de la sociedad. Al esclarecimiento de algunas de estas claves se encamina este artículo.

1. Concepto de movimientos sociales

A partir de los años sesenta proliferaron movimientos sociales diversos: estudiantiles, pro derechos humanos, ecologistas, feministas, etc. A pesar de su heterogeneidad todos ellos se pueden considerar fenómenos de acción colectiva que han reclamado la atención de numerosos especialistas: sociólogos, politólogos, psicólogos sociales, historiadores, etc.

Los movimientos sociales han ido cristalizando a medida que quedaban obsoletas otras formas de organización. También favoreció la emergencia de estos movimientos la pérdida de capacidad del marxismo para transformar la sociedad. Como dice Verdaguer (1993, 66-67), la expresión “movimientos sociales” es heredera directa del concepto “movimiento obrero” y lo que se pretendió desde el punto de vista teórico fue preservar en dos aspectos el mo-

delo dominante de interpretación de la sociedad y de los fenómenos de cambio social: 1) la concepción de la transformación social como un proceso lineal y de “progreso”; 2) la creencia en un “sujeto de transformación social” que se halla en una situación privilegiada para convertirse en motor del cambio, siempre que posea una teoría global de lo social que le permita desvelar las claves de la transformación.

Sea como fuere, el concepto “movimientos sociales”, a diferencia del movimiento obrero, no ha tenido nunca una definición unívoca, lo que ha llevado a aplicarlo con gran amplitud para los distintos fenómenos sociales cuyo denominador común es el carácter de “movimiento”, en el sentido de “voluntad de transformación social”, verbigracia, movimiento ecologista, movimiento feminista, movimiento pacifista, movimiento campesino, movimiento estudiantil, movimiento ciudadano o vecinal, movimiento “squatter”, etcétera, que describen experiencias, teorías y agrupamientos sociales en torno a determinadas ideas-fuerza (Verdaguer 1993, 67).

El estudio de los movimientos sociales es complicado, ya que estamos ante un concepto polisémico que se utiliza para designar fenómenos colectivos de muy diversa índole: modas, movilizaciones sociales de cierta duración, orientaciones culturales, organizaciones políticas y sindicales, etc. (Laraña 1999, 67).

La expresión “movimientos sociales”, pues, aglutina fenómenos sociales complejos y heterogéneos caracterizados por el pensamiento y la acción sobre la realidad, con la pretensión de transformarla. Las ideas y praxis de estos movimientos son muy variadas y, por lo mismo, difícilmente encasillables. Trataremos, sin embargo, de presentar algunas características comunes a estos movimientos sociales, sin hacer distinción entre viejos y nuevos:

- Cognición social que lleva a enfatizar valores humanísticos: dignidad, igualdad, autonomía, sensibilidad, libertad, alteridad, etc.
- Orientación al cambio social. Se quiere favorecer la participación y fortalecer el papel de la sociedad civil.
- Se concede gran importancia a la comunicación social, no a la mera información. En este sentido, se potencia la cultura democrática, la libertad de expresión y la defensa de los derechos humanos. Se critica la manipulación de la información y se promueve la interlocución formativa, en la que adquieren un papel importante los medios de comunicación de la comunidad.
- Armonización entre el hombre y la naturaleza.
- Denuncia de las presiones económicas y de las desigualdades sociales laborales: incitaciones al consumismo, marginación, abusos burocráticos, etc.
- Se desafía a las élites o a las autoridades, generalmente en aspectos culturales o políticos.

- Defensa de la cultura popular frente a la amenaza del “globalismo”.
- Equilibrio entre la tradición y la creciente tecnificación.
- Se recurre con frecuencia a la metáfora del organismo vivo para explicar los procesos sociales. Por ejemplo, se habla habitualmente de “reproducción social”, de “tejido comunitario”, de “enfermedad de las instituciones”, de “corrupción política”, de “esclerosis administrativa”, etc.
- La estructura interna de los movimientos sociales suele ser horizontal, en lugar de jerarquizada. Lo que se quiere conseguir es la participación y la autonomía personal, no el sometimiento al líder.
- La conducta colectiva es variopinta y, generalmente, legal. Se encamina a llamar la atención de la opinión pública para poder cambiarla.
- No se suele recurrir a la violencia. Por el contrario, es frecuente organizar actos lúdico-festivos de gran espectacularidad que despierten el interés e inviten a la reflexión. También se pueden realizar ocupaciones, concentraciones, etc.

Con la idea de conocer mejor qué son los movimientos sociales nos acercamos a la definición ofrecida por Tarrow (1997, 21-25), para quien estos fenómenos son *“desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las elites, los oponentes y las autoridades»*. Siguiendo a su autor examinamos brevemente a continuación las cuatro propiedades empíricas que contiene esta definición:

1.1. El desafío colectivo

Las formas de acción más características de los movimientos sociales son la interrupción, la obstrucción o la introducción de incertidumbre en las actividades de otros. Habitualmente se realiza una acción directa disruptiva contra las elites, las autoridades u otros grupos culturales. Los movimientos recurren al desafío colectivo para mantener el interés de los seguidores, conseguir nuevas adhesiones, hacer valer sus exigencias y llamar la atención de los oponentes y de terceras partes.

1.2. El objetivo común

En la base de las acciones colectivas hay intereses comunes. Las personas que constituyen los movimientos plantean exigencias comunes a los adversarios, a los gobernantes o a las elites.

1.3. La solidaridad

El “reconocimiento” de una comunidad de intereses es lo que permite pasar del movimiento potencial a la acción concreta. Los líderes sólo pueden crear un movimiento social cuando invocan sentimientos profundos y enraizados de solidaridad o identidad.

1.4. El mantenimiento de la acción colectiva

Un episodio de confrontación se convierte en movimiento social cuando se mantiene la actividad colectiva frente a los antagonistas. Los objetivos comunes, la identidad colectiva y el desafío colectivo son ingredientes necesarios de los movimientos sociales, pero sin acción duradera están abocados a desvanecerse.

En cuanto a las principales dificultades o limitaciones de estos movimientos, veamos seguidamente algunas de las recogidas por Adell (1994, 126-127) tras revisar diversos trabajos:

- Debilidad numérica del movimiento asociativo y falta de reconocimiento social e institucional.
- Intentos de convertirse en instrumentos de mediación que sustituyan a los clásicos partidos políticos.
- Presencia de participantes acomodaticios.
- Cooptación de líderes y del discurso.
- Aparición de los llamados “anti-movimientos sociales”, esto es, fenómenos dirigidos a frenar los procesos de transformación colectiva.

Sin ánimo de exhaustividad, las listas anteriores pueden ayudar a delinear el perfil de los movimientos sociales. Lo que queda fuera de toda duda es que estos fenómenos precisan un atento y minucioso análisis por parte de las Ciencias Sociales sobre su nacimiento y evolución que permita canalizar positivamente sus fuerzas y acciones hacia la conquista de una sociedad mejor.

2. La emergencia de los movimientos sociales

Como dicen McAdam, McCarthy y Zald (1999, 22-23) los expertos de diversos países, representantes oficiales de posiciones teóricas distintas, cada vez más destacan tres grupos de factores explicativos del surgimiento y desarrollo de los movimientos sociales: 1) la estructura de oportunidades políticas y las constricciones que tienen que afrontar los movimientos sociales; 2) las formas de organización, formales e informales, a disposición de estos fenómenos, y 3) los procesos colectivos de interpretación, atribución y construcción social que median entre la oportunidad y la acción.

Siguiendo la costumbre examinaremos por separado cada uno de los tres factores, convencionalmente denominados de modo abreviado como: oportunidades políticas, estructuras de movilización y procesos enmarcadores. No hay que perder de vista, sin embargo, que los tres conjuntos de variables constituyen una compleja red de relaciones que afecta tanto al origen como a las formas que adoptan los movimientos sociales.

2.1. Oportunidades políticas

Los estudios que se han realizado se centran en la interacción entre movimientos sociales y política institucionalizada. Conviene hacer una distinción entre trabajos norteamericanos y europeos. Los primeros se encaminan a explicar el surgimiento de movimientos sociales concretos a partir de los cambios en la estructura institucional o en las relaciones informales de poder de un sistema político nacional determinado. Los trabajos europeos son más recientes y analizan comparativamente las diferencias en la estructura, la amplitud y el éxito alcanzado por movimientos similares. En este caso, la atención se centra, sobre todo, en las diferencias en las características políticas de los estados nacionales en los que se inscriben. Tanto en Norteamérica como en Europa, los investigadores parten de la misma convicción: los movimientos sociales adoptan una forma u otra, en función de la gama de oportunidades y limitaciones políticas del contexto nacional en que se hallan (McAdam, McCarthy y Zald 1999, 23-24).

Tarrow (1997, 155-173) al hablar de la estructura de las oportunidades políticas se refiere a las dimensiones del entorno político que ofrecen incentivos para la participación en acciones colectivas al afectar a las expectativas de éxito o fracaso. Este concepto de estructura de las oportunidades políticas ayuda a comprender por qué los movimientos ganan o pierden capacidad de presión, así como la forma en que se extiende la movilización a personas que viven circunstancias muy distintas. Ahora bien, conviene tener en cuenta tanto los *cambios* como los aspectos *estables* de la estructura.

Los *cambios* más destacados en la estructura de las oportunidades políticas son cuatro: la apertura del acceso a la participación, los cambios en los alineamientos de los gobiernos, la disponibilidad de aliados influyentes y las divisiones entre las elites y en el seno de las mismas.

Los aspectos *estables* que condicionan la formación y la estrategia de los movimientos son: la fuerza del Estado, la tentación del estatismo, la represión y sus formas según se trate de estados autoritarios o no, así como la facilitación de la acción colectiva.

2.2. Estructuras de movilización

De acuerdo con McAdam, McCarthy y Zald (1999, 24-26) las estructuras de movilización hacen referencia a las vías colectivas, formales e informales, que permiten a la gente movilizarse e implicarse en la acción. En este sentido, hay que decir que existen numerosos entornos en que se da la acción colectiva y muchas formas organizativas generadas por los movimientos sociales. Como afirma Tarrow (1997, 236), en cualquier movimiento social puede haber gran cantidad de maneras de organizar la acción colectiva, algunas de ellas autónomas, otras lideradas y algunas con relaciones informales con organizaciones formales. Lo idóneo es organizar la acción colectiva sobre la base de las redes

sociales en las que normalmente vive y trabaja la gente, ya que es más fácil transformar su confianza en solidaridad.

Cada vez son más numerosas las investigaciones sobre las estructuras de los movimientos sociales. Algunos de los temas de estudio más interesantes son (McAdam, McCarthy y Zald 1999, 25-26): 1) el análisis comparado de las infraestructuras organizativas con el fin de comprender mejor los patrones históricos de acción colectiva y predecir dónde hay más posibilidades de que surjan movimientos sociales; 2) el examen de la relación entre organización y tipo de movimiento, y 3) la comprobación de la influencia que las estructuras estatales y la “cultura organizativa” de un determinado país tienen sobre los movimientos sociales.

En suma, como sostiene Tarrow (1997, 258-259), no hay un modelo único de organización de los movimientos sociales. Los que más éxito suelen tener son los que despiertan la solidaridad preexistente a través de redes de movimientos autónomos que estimulan la participación de un público más amplio en la acción colectiva. Por supuesto, no se debe olvidar que hay íntima relación entre la organización del movimiento y la estructura de oportunidades políticas. En ocasiones, movimientos aparentemente muy organizados se desmoronan por falta de oportunidades, mientras que otros más endebletes tienen mayor resonancia por aprovechar las coyunturas favorables.

2.3. Procesos enmarcadores

La combinación de oportunidades y estructuras de movilización proporciona a los grupos cierto potencial para la acción. Mas para explicar la acción colectiva hay que tener presentes también los significados compartidos, las ideas socialmente construidas, los elementos culturales y los conceptos que las personas utilizan para describir su situación. Es imprescindible que las personas se sientan agraviadas y que crean que la acción colectiva les permitirá remediar el daño. Se introduce, pues, una tercera dimensión de tipo cognitivo-afectivo que da cuenta de las percepciones y valoraciones, conocida como proceso enmarcador. Aunque no hay mucho acuerdo al definir los procesos enmarcadores, se puede decir que son todos los esfuerzos intencionales que realizan los grupos de personas para generar visiones compartidas sobre sí mismas y sobre el mundo que legitimen y estimulen la acción colectiva (McAdam, McCarthy y Zald 1999, 26-27).

Como puede comprobarse, los movimientos sociales se organizan merced a símbolos construidos y compartidos que dan sentido a la conducta colectiva. La forja de la identidad grupal se relaciona con las oportunidades políticas y con la estructura de movilización y predispone a la acción. Al analizar la creación de marcos Snow y Benford (1988; citados por Laraña 1999, 120-121) distinguen tres pasos que deben realizar las organizaciones de los movimientos para alinear a los posibles seguidores: 1) creación de un *marco de diagnóstico*, por el cual una cuestión social se identifica como problema y se señala a

sus responsables (imputación de causalidad); 2) las organizaciones de los movimientos han de generar también un *marco de pronóstico* o, lo que es igual, una propuesta de soluciones del problema, y 3) establecimiento de un *marco de motivación*, por el cual se defienden ideas y se incita a la acción colectiva.

Es habitual que los movimientos construyan su discurso en torno a lo que Gamson, Fireman y Rytina (1982; citados por Riva 1998, 181) llamaron “marco de injusticia”. Una tarea básica de los movimientos es identificar agravios, crear marcos de significados compartidos y restablecer la justicia.

Desde una perspectiva constructivista de los movimientos sociales, en la actualidad en boga, las organizaciones necesitan generar símbolos que favorezcan la cohesión grupal y el comportamiento colectivo. Es así como se crean en el seno de las organizaciones marcos para la participación y la acción gracias a procesos cognitivos y culturales. En opinión de Zald (1999, 370-375), los marcos son metáforas concretas, representaciones simbólicas e indicaciones cognitivas que permiten valorar conductas y eventos, al tiempo que guían la acción. Se puede considerar la creación de marcos como actividad estratégica de los movimientos. Los procesos enmarcadores ayudan a interpretar la realidad y proporcionan el contexto desde el que se consideran los hechos y se toman las decisiones. Desde la psicología social adscrita al paradigma cognitivo, el análisis de los marcos ha permitido comprobar cómo signos convencionalmente definidos sirven para interpretar la realidad y promover ciertos comportamientos. Naturalmente, si se introducen modificaciones en los símbolos sociales, por pequeños que sean, se inician cambios en la manera de ver el mundo y se sugiere la existencia de formas alternativas de conducta. Los símbolos culturales que se adopten, aun cuando partan de lo conocido, han de ser suficientemente novedosos como para tener fuerza opositora y movilizar a los seguidores. Como bien dice Tarrow (1997, 216) el proceso de enmarcado está codificado culturalmente, pero no es una mera reproducción, sino una selección consciente. Cuando una organización escoge unos símbolos para enmarcar su mensaje establece un curso estratégico entre su entorno, los oponentes políticos, los militantes y los ciudadanos.

3. Evolución de los movimientos sociales

De acuerdo con la perspectiva cognitiva de la sociología el aumento de la participación en los nuevos movimientos sociales se debe a un cambio en el sistema de valores de las personas. Esta teoría del cambio axiológico tiene en cuenta las mudanzas estructurales y explica, al menos en parte, las transformaciones en las condiciones de vida de algunas sociedades, entre las que se halla la española (Laraña 1999, 335-336).

Más allá de las causas, ¿es nuestra sociedad más participativa? Según Denche y Alguacil (1993, 89-90) se puede afirmar que los movimientos sociales se

adaptan a los tiempos y dan lugar a diferentes modelos de participación social. Estos mismos autores repasan el proceso histórico de los movimientos sociales en España desde antes de la democracia:

- En el período predemocrático (hasta 1977) los movimientos sociales entran en la escena política de manera ofensiva y reivindicativa, con el propósito de satisfacer necesidades predominantemente materiales propias de la zona urbana, v. gr., lucha por la vivienda, equipamientos, servicios, etc.
- El advenimiento de la democracia ofrece un nuevo marco legal que canaliza y reglamenta la participación. Es así como muchos líderes ciudadanos acceden a las instituciones y, al mismo tiempo, se genera una ilusión de control que se traduce en una pérdida de referentes. Se inicia una polarización social y una disgregación de los movimientos urbanos tradicionales. La crisis urbana se agrava, lo que se refleja en la economía, la ecología y en la propia sociedad. Así, el modelo reivindicativo se estanca, al tiempo que se observa un distanciamiento cada vez mayor entre los intereses y valores de los jóvenes y las ofertas institucionales y asociativas de tipo tradicional u oficial.

En opinión de Denche y Alguacil (1993, 90), para superar las dificultades anteriores hay que evitar tanto la confrontación social como la complacencia con las instituciones: *"Ambas estrategias hoy pueden ser producto o motivo de frustraciones sociales que retroalimentan la propia desvertebración social y la devaluación del sistema democrático. Por otro lado, la fragmentación de la estructura social favorece el surgimiento de sentimientos de victimización y vulnerabilidad social que bien se pueden materializar en movimientos populistas e insolidarios"*

En relación a los movimientos sociales y a la acción colectiva, puede ser conveniente tener en cuenta algunas de las conclusiones recogidas en la *síntesis* del *V Informe Sociológico sobre la situación social en España* (1995, 129-131):

- Los movimientos sociales tienden a nacer en los años ochenta y noventa separados de la lucha política en un momento en que los pactos y consensos se encaminan a la desmovilización, y en el que la crisis y la reestructuración del Estado del Bienestar tiende a limitar los servicios y derechos sociales de la ciudadanía.
- La acción colectiva se institucionaliza por medio de agencias y servicios dirigidos a satisfacer las necesidades concretas que tradicionalmente cubrían los movimientos sociales. Algo parecido sucede con los movimientos estudiantiles, muy desarticulados en la primera transición.
- La fragmentación económica y social genera una sociedad "blanda" en la que se rompen los vínculos sociales. Se extiende la pasividad, lo que hace imposible oponerse tanto al individualismo hedonista como a la masificación comunicativa propia del consumismo extremo.

- La sociedad de los años ochenta y noventa es desapasionada, con grandes dificultades para organizarse a favor de cuestiones colectivas, comunitarias o solidarias.
- Se observa un estancamiento del asociacionismo convencional, pero surge un nuevo asociacionismo activo y voluntario, difícil de catalogar utilizando la división tradicional entre Estado y sociedad civil. Este asociacionismo es el resultado de iniciativas ciudadanas o populares; son las llamadas organizaciones no gubernamentales (ONGs).
- Los dos fenómenos fundamentales en la reconstrucción de los movimientos sociales en las sociedades occidentales son: 1) la estructura económica y social del capitalismo de los años noventa crea situaciones e identidades que reclaman un análisis profundo desde nuevos modelos, y 2) los nuevos movimientos sociales surgirán y deberán plantearse en un escenario presidido por las nuevas situaciones o identidades.

Alberich (1993, 101-109), por su parte, describe algunos hechos importantes en el devenir de los movimientos sociales en las últimas décadas:

- A partir de 1979 se produce una crisis del movimiento ciudadano especialmente en Madrid, Barcelona, País Vasco, etc.
- Los nuevos movimientos que surgen en los años ochenta, como el ecologista y el feminista, aparecen con otras formulaciones.
- Hacia 1987 el movimiento ciudadano y otros movimientos sociales inician una “reconversión”, ya que cambian algunos de sus objetivos fundamentales y sus formas de actuación.
- Si la década de los setenta es la del auge de los movimientos sociales, la de los ochenta es la de la crisis, hasta que se empieza a producir la reestructuración.
- Las causas más importantes de la crisis de los movimientos sociales en la década de los años ochenta son:
 - Un buen número de dirigentes de las asociaciones se van a la Administración.
 - Sectarismo político.
 - Falta de reconocimiento público y de intereses hacia el asociacionismo.
 - Temor a ser controlados.
 - Ausencia de nuevos horizontes globales.
 - Desconfianza radical hacia todo poder público.
 - Fe ciega en la democracia.
 - Debilidad numérica de los miembros de los movimientos sociales.
 - Falta de recursos humanos y materiales.
 - Inadecuación de formas y contenidos a las nuevas circunstancias políticas.
 - Organización y funcionamiento interno no participativos.

- Falta de reconocimiento social del trabajo voluntario.
- Diferencias de mentalidad entre España y otros países, que lleva a pensar que el trabajo social es responsabilidad de la Administración.
- En los años noventa el número de asociaciones aumentó considerablemente, por varias razones: política de subvenciones, desconfianza hacia las grandes organizaciones burocratizadas, desprestigio creciente de la política, nuevas formas de relación de los movimientos sociales, etc.

Para finalizar este apartado, podemos decir que los movimientos sociales experimentaron en los años ochenta una llamativa crisis de identidad, acaso consecuencia del nuevo panorama socio-político español. De un lado, la fragmentación social era palpable. De otro, el advenimiento de la democracia hizo creer que las reivindicaciones no tenían razón de ser. Bien dice Alonso (1998, 163), al referirse a ese decenio que había una tendencia masiva a abandonar el sentido de lo colectivo y la militancia civil en los movimientos, lo que llevó a posiciones neoconservadoras, utilitaristas, individualistas, así como a la creación de “antimovimientos sociales”. Se produce, en suma, una desarticulación de las propuestas colectivas y convivenciales.

En lo que se refiere a los años noventa, se observa un renacimiento de los movimientos sociales, ligado al discurso de la solidaridad y la cooperación. En los nuevos movimientos sociales cada vez adquieren más fuerza las dimensiones cognitiva y comunicativa, fruto de códigos culturales, símbolos y vínculos (Alonso 1998, 172). Vemos, pues, como el argumento ofrecido al inicio de este apartado adquiere gran importancia, toda vez que distintos estudiosos de la realidad social han detectado un cambio de valores que quizá sea más perceptible en los nuevos movimientos sociales. Esta mudanza cognitiva se traduce en acciones colectivas más centradas en la expresión y la calidad de vida que en aspectos económicos o materialistas (Laraña 1999, 335).

4. Movimientos sociales, participación y consolidación de la democracia

La democracia española está viviendo su proceso de consolidación dado que la sociedad está asumiendo las normas constitucionales y las reglas que rigen el sistema democrático. Hay, sin embargo, algunos peligros como la separación entre partidos políticos y la sociedad, la rigidez de las instituciones, la exclusión social, etc. Como vemos, en materia de afianzamiento de la democracia no todo se ha logrado. En lugar de echar las campanas a vuelo, hay que procurar que la sociedad adquiera el protagonismo que le corresponde, lo que es tanto como decir que hay que abrir cauces para la participación. La democracia, a fin de cuentas, es una conquista colectiva.

Es positivo fortalecer los vínculos sociales verdaderos que ayuden a superar los individualismos y las tentaciones masificadoras y despersonalizadoras.

Sin soslayar el papel de los poderes públicos, hay que buscar caminos comunes que permitan analizar la realidad social y desde los que se puedan desarrollar acciones conjuntas. En este sentido, algunas propuestas sobre la coordinación y la participación de la sociedad en la democracia, que bien pueden impulsar los distintos movimientos sociales son (basadas en las conclusiones generales del I Encuentro Estatal celebrado en Palma en 1987 y recogidas en el libro “Sociedad civil e instituciones democráticas”):

- Favorecer la participación interna en los movimientos sociales y en las asociaciones.
- Ofrecer respuestas a la nueva realidad social: multiculturalismo, tecnificación, etc.
- Promover el espíritu crítico dentro de las organizaciones.
- Potenciar la utilización de medios de comunicación propios.
- Ocupar adecuadamente el tiempo libre.
- Mantener la autonomía de las organizaciones frente a presiones económicas y políticas.
- Respetar a las minorías culturales.
- Reivindicar el espacio público como lugar de encuentro y no de simple tránsito.
- Evitar la burocratización y la prepotencia.
- Interesarse por los problemas sociales.
- Favorecer el intercambio de experiencias personales, ideas y sentimientos.

Como puede suponerse, la participación social es necesaria para que la democracia se consolide. No se trata sólo de depositar el voto, lo que equivaldría a tener una visión reducida de la democracia, sino de implicarse en su desarrollo efectivo. Evidentemente, no se trata de intervenir de forma indiscriminada, lo que sin duda tendría unas consecuencias adversas y no deseadas, sino de establecer los cauces adecuados para que cada cual tome parte eficazmente en los procesos decisorios. La participación democrática, por tanto, es fundamento de la convivencia y ha de cultivarse oportuna y convenientemente. Desde esta perspectiva, los movimientos sociales bien pueden promover y orientar la participación hacia el progreso democrático. Siguiendo a Mardones (1996, 38), los nuevos movimientos sociales pueden contribuir a solucionar los cuatro grandes problemas de la sociedad actual, a saber: 1) impulsar una economía de la moderación y el reparto igualitario, 2) promover unas nuevas relaciones con la naturaleza, basadas en el respeto y la conservación, 3) buscar la negociación como medio de solución de los conflictos nacionales e internacionales, y 4) cultivar la confianza en todo tipo de relación humana.

5. Derechos humanos

Para que la democracia se consolide es preciso respetar ciertos derechos humanos. Nuestra sociedad, cada vez más multicultural y pluriétnica, tiene necesidad urgente de garantizar los derechos de todas las personas. Los derechos humanos hallan su razón de ser en la propia persona. Por lo mismo, cualquier ser humano, por su condición, ha de disfrutar de unos derechos, tal como se recogen en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948.

El compromiso, promoción y defensa de los derechos humanos favorece la convivencia democrática, es decir, la tolerancia, la justicia, la concordia, la paz, la solidaridad y la participación. Es bien conocida la clasificación de los derechos humanos en tres generaciones, a saber: *derechos de primera generación* (derechos civiles y políticos), *derechos de segunda generación* (derechos económicos, sociales y culturales) y *derechos de tercera generación* (derechos ecológicos). Cada generación de derechos se fundamenta en unos determinados valores. Así, el valor sustentador de los derechos de la primera generación es *la libertad*, en los de segunda generación *la igualdad y la participación* y en los derechos de la tercera generación *la solidaridad*.

Aun cuando se haya hecho esta distinción entre conjuntos de derechos, no debemos perder de vista que los derechos humanos constituyen un todo con carácter universal e indivisible. La defensa de todos los derechos humanos ha de ser en la actualidad un objetivo fundamental y común que no admita flaquezas. Al igual que la transgresión de los derechos genera tensiones y conflictos, su respeto y cumplimiento favorece el desarrollo personal y colectivo.

Son numerosos los movimientos sociales que manifiestan un fuerte compromiso con la defensa de los derechos humanos. Los derechos humanos gozan de reconocimiento a nivel mundial, más allá de las ideologías. Gimbernat (1996, 340-343), por ejemplo, sostiene que tanto los movimientos sociales como las organizaciones no gubernamentales se basan en los principios y valores de los derechos humanos. Así, hay grupos que defienden los derechos de las comunidades étnicas, de los inmigrantes, de colectivos marginales, de las mujeres, etc.

Desde luego no hay que caer en una actitud de confianza, pues a pesar de que se extiende cierta conciencia mundial en favor de los derechos humanos, no menos cierto es que también se violan permanentemente en cualquier lugar del planeta. Por lo mismo, es necesario aunar esfuerzos sociales, educativos, políticos, jurídicos, económicos, etc. que contribuyan a salvaguardar los derechos humanos y, por ende, permitan alcanzar un nuevo orden internacional fundado en la concordia.

6. Conclusiones

Que nuestra sociedad se transforma es una verdad incuestionable, lo que no está tan claro es si los cambios que se están produciendo tienen signo positivo. En el trabajo que ahora concluye hemos descrito y analizado algunas de estas mudanzas y sus conexiones con los movimientos sociales. Al igual que la metamorfosis social puede estimular la acción colectiva, también ésta introduce modificaciones más o menos perceptibles en la realidad.

La heterogeneidad de los movimientos sociales hace harto difícil su comprensión; sin embargo, en todos ellos hallamos, además de ciertas características recogidas en el texto, la virtud de despertar la esperanza. Ahora que la política oficial del mundo occidental parece haber perdido cierto protagonismo, acaso por su distanciamiento del pueblo, salvo que nos refiramos a momentos de consulta electoral, se atisba la emergencia de lo que es o debiera ser una genuina *política social* orientada a satisfacer las necesidades de la ciudadanía y a mejorar la realidad. Sin renegar de los partidos políticos, los movimientos sociales reflejan y canalizan profundas inquietudes humanas cargadas de saludables intenciones y aun de utopía. Las graves injusticias y desigualdades que por doquier se observan reclaman algo más que declaraciones de buenos propósitos por parte de las instituciones. Surgen así los movimientos sociales como fenómenos alternativos o, si se quiere, complementarios que pueden servir de revulsivo para las, cuando menos, lentas actuaciones de la Administración. Mas no nos engañemos adoptando una visión idílica de los movimientos sociales que nos lleve a creer que son la panacea. No olvidemos que estos movimientos son muy variados en el fondo y en la forma, lo que hace poco aconsejable calibrar a todos con el mismo rasero. Por otro lado, ya quedó dicho que no son pocos los escollos con que se encuentran. En cualquier caso, es innegable que los movimientos sociales constituyen nuevos fenómenos de participación y representan una corriente de aire fresco que bien puede tonificar las conciencias e impulsar la renovación social en las adormecidas democracias occidentales.

BIBLIOGRAFÍA

- ADELL ARGILES, R. (1994): "Movimientos sociales y contexto político", *Leviatán*, nº 56, págs. 113-129.
- ALBERICH, T. (1993): "La crisis de los movimientos sociales y asociacionismo de los noventa", *Documentación social*, nº 90, págs. 101-113.
- ALONSO, L. E. (1998): "Los nuevos movimientos sociales en el umbral del año 2000", *Documentación social*, nº 111, págs. 155-177.
- AYUNTAMIENTO DE PALMA DE MALLORCA (1989): *Sociedad civil e instituciones democráticas*, Madrid, Popular.

- DENCHE, C. y ALGUACIL, J. (1993): "Otros movimientos sociales para otro modelo participativo y otra democracia", *Documentación social*, nº90, págs. 83-99.
- FUNDACIÓN FOESSA (1995): "Síntesis del V informe sociológico sobre la situación social en España", *Documentación social*, nº101.
- GIMBERNAT, J.A. (1996): "Derechos humanos", en Mardones, J.M. (dir.): *10 palabras clave sobre movimientos sociales*, Navarra, Verbo Divino.
- LARAÑA, E. (1999): *La construcción de los movimientos sociales*, Madrid, Alianza Editorial.
- MARDONES, J.M. (1996): "Los nuevos movimientos sociales y la sociedad moderna", en Mardones, J.M (dir.): *10 palabras clave sobre movimientos sociales*, Navarra, Verbo Divino.
- McADAM, D.; McCARTHY, J.D. y ZALD, M.N. (1999): *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo.
- RIVAS, A. (1998): "El análisis de marcos: una metodología para el estudio de los movimientos sociales", en Ibarra, P. y Tejerina, B.: *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Trotta.
- TARROW, S. (1997): *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Editorial.
- VERDAGUER, C. (1993): "Los movimientos sociales, de la esperanza al desconcierto", *Documentación social*, nº 90, págs. 65-81.
- ZALD, M. N. (1999): "Cultura, ideología y creación de marcos estratégicos", en McAdam, D.; McCarthy, J.D. y Zald, M.N.: *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo.

* Valentín Martínez-Otero Pérez

Profesor de la Universidad Complutense
Profesor del C.E.S «Don Bosco»